

EL CONSEJERO Y EL PRÍNCIPE

Homenaje a Sabino Fernández Campos, con respeto a su memoria.

Felipe González
2009-10-30

Hace unos años participé en un coloquio con Mary Robinsson. Se trataba de un seminario discreto cerca de la frontera polaca de la Alemania unificada. La asistencia era reducida y con invitación. El sugestivo título "*Maquiavelo versus Erasmus; aplicaciones a la política actual*", me viene sin querer a la cabeza, mezclado con la muerte de Sabino Fernández Campos y las cosas que hemos visto y oído. Fueron consejeros de príncipes, como 1.500 años antes lo fuera Confucio. Aunque Sabino era una figura más próxima a Erasmus, los tres personajes de la historia siguen teniendo vigencia en la actualidad, en particular para comprender el papel de los consejeros y su relación con los príncipes.

Maquiavelo, más allá de los estereotipos, comprendió un elemento clave de la modernidad que fue la meritocracia. Como solo el príncipe podía escapar de ella porque el origen de su poder no era discutible, necesitaba al consejero que lo guiara en su difícil ejercicio. Pero el consejero no debía ser elegido por el color de sangre sino por su inteligencia. Plebeyo o noble, tenía que ser útil para el príncipe.

Erasmus apelaba a la autocontención del príncipe, como factor de moderación y equilibrio en el ejercicio de su poder absoluto. El único elemento de control sobre si mismo era la superioridad moral. Mal aceptado por la Contrarreforma que desconfiaba de su autonomía personal, fue también rechazado por los representantes de la reforma más sectarios. Ha sido visto como

la contrafigura de Maquiavelo, pero como él, fue determinante para comprender el paso del medioevo a la modernidad.

La vigencia de Confucio reside en su filosofía, en la fenomenología de las prácticas históricas adquiridas, que hasta el día de hoy nos ayuda a comprender la transformación de China en una especie de comunismo con mercado o de socialismo de mercado, como gusta definirlo a los dirigentes. Conservar lo que el tiempo ha decantado como bueno en esas prácticas históricas y desechar lo negativo. En la China actual nos sorprende que adopten y adapten las prácticas que consideran positivas de otras culturas en el mundo globalizado.

En los tres casos encontramos las mejores versiones de los consejeros del príncipe, aunque valoremos de manera diferente a unos u otros y tengamos preferencias por motivos casi siempre parciales y ahistóricos. Ellos trataban de cumplir sus obligaciones desde convicciones profundas, sin ceder al halago o a la propia vanidad.

Es lo que nos permite encarar, hasta hoy, la figura de los consejeros de los príncipes, sean estos detentadores del poder religioso, político, económico o una combinación de todos ellos. Lo que en seminario citado reclamaban como "aplicaciones a la política actual", porque no me refiero a la figura del príncipe en sentido estricto, sino a los que ejercen el poder en todas sus manifestaciones.

Son buenas versiones de la función de consejero, porque lo hacían con esa extraña lealtad que consiste en decir lo que se piensa, más allá del interés personal y teniendo en cuenta el del aconsejado.

La paradoja es que el destino del consejero es inevitablemente trágico, aunque su papel sea apreciado o envidiado por los demás, e imprescindible para el que detenta el poder, salvo que esté completamente loco.

Porque si el consejero hace coincidir su criterio con el gusto del príncipe, con su percepción de las cosas o con su capricho -componentes inevitables de la condición humana-, sobrevivirá algún tiempo, aunque sea a costa de la renuncia a expresar lo que de verdad piensa con el sentido de la lealtad al que me refería antes. Pero la acomodación no le hará perdurar tanto como cree y espera, porque en todo caso, el príncipe le habrá de cargar con sus propios errores por no haberle ayudado a evitarlos. Su cabeza rodará para servir de escudo protector a la del príncipe.

Si, por el contrario, piensa que cumple con su obligación y expresa lo que cree conveniente para el príncipe, más allá del halago, terminará, más temprano que tarde, siendo incómodo y, pasado un tiempo, llegará el hartazgo del

aconsejado que se verá limitado por el consejero en lo que cree que debe o puede hacer sin ese estorbo. Es obvio que se le atribuirán los errores, como en el caso anterior, pero nunca los aciertos que se deriven de su consejo. El resultado tiende a ser el mismo: su cabeza rodará y el príncipe recuperará su libertad para hacer lo que desee buscando a otro más complaciente.

Cuando el príncipe ejercía (o ejerce, porque esto nunca se acaba) un poder absoluto, esta reflexión sobre el papel del consejero es más nítida, más evidente, pero solo eso. En los poderes compensados, más frecuentes en la sociedad actual, también se da el mismo fenómeno.

Como ningún ser humano, por mucho poder que tenga y por más halago – mecanismo de aislamiento de la realidad - que lo rodee, puede hurtarse a la necesidad de que haya alguien que le diga la verdad, cuando el consejero no cumple la función, los príncipes se rodean de bufones, sustitutos de los consejeros sin lealtad o de los que molestan con sus opiniones.

A decir verdad, el bufón sobrevive al tiempo, al espacio y a las formas y contenidos del poder de los príncipes. Es la especie más abundante en torno a los detentadores del poder. Pero en casi ningún supuesto prescindirá el príncipe de la figura del consejero, porque es útil, incluso cuando sea inútil lo que aporte. Necesita, como en las buenas instalaciones eléctricas, fusibles que salven el sistema y esta función no puede ser cubierta por el bufón.

Sentí malestar difuso ante los homenajes verbales recibidos por Sabino tras su muerte. Todos son más que merecidos, pero solo los que se le hicieron desde el conocimiento de su persona, como el de Alberto Oliart, me tranquilizaron. Porque en el caso de Sabino los elogios han de referirse más a sus administrados silencios que a sus palabras que nunca prodigó en exceso. “Como el olivar, mucho fruto lleva, poca sombra da” que decía Machado.

Por eso sobran los ditirambos y alguna que otra salida de tono de personajillos que se esforzaban por salir en la foto. La interpretación de sus valiosos silencios está reservada a muy pocos, a los que tuvieron la ocasión de conocerlos. Solo así se puede evaluar lo que realmente significó en momentos especiales de nuestro proceso histórico.

El llevó bien, con los inevitables sufrimientos, la condición de consejero, como elemento esencial de su responsabilidad al frente de la Casa Real. Consejero al que el príncipe atiende aunque no siempre le guste lo que oye. El consejo es eso y solo eso. El sabía que el que aconseja no decide aunque pueda influir en la decisión. Aconsejar se hace siempre a beneficio de inventario y cuando

se hace con lealtad y una idea clara de la función del príncipe, lo que queda del inventario casi siempre es negativo para el que aconseja.

El destino de los consejeros es siempre pagar por sus errores y por sus aciertos.